

Primer Premio

David Villar Cembellín

Una entre mil cinco

Prólogo: Pozo de Caudé (2012)

En la carretera nacional de Burgos a Sagunto se encuentra Conclud, un pueblecito emboscado en un pliegue del terreno a escasos kilómetros de Teruel. Próximo a este lugar, dentro de los territorios de una vieja venta (N-234, km 126), se halla el pozo de Caudé. Se trata de un pozo artesiano de 84 metros de profundidad y 2 de diámetro tristemente famoso por ser el lugar donde los fascistas arrojaron fusilados republicanos durante los primeros meses de la Guerra Civil. Se estima que el pozo de Caudé alberga los restos de 1.005 víctimas. Si decidís visitarlo, lo primero que encontraréis a modo de bienvenida será un memorial con una paloma de la paz alzándose sobre la bandera republicana. Bajo esos colores descansa una sencilla inscripción:



**A NUESTROS COMPAÑEROS FUSILADOS AQUÍ
POR DEFENDER LA LIBERTAD Y LA DEMOCRACIA**

1936 – 1939

Dentro del terreno, entre motas de polvo rojizo bailando en zigzag o el viento desplazando algún estepicursor remolón, aguardan viejos blasones de la UGT y estandartes de la CNT. También es habitual ver diademas de tela —rojas, amarillas, moradas—, lápidas conmemorativas o ramos de flores encima del brocal. Y por fin, a los pies del pozo, otra inscripción.

AQUÍ YACEN 1005 FUSILADOS EN 1936 POR LA DICTADURA.

**VUESTRAS FAMILIAS Y AMIGOS OS RINDEN HONORES.
OS TENDREMOS SIEMPRE EN EL CORAZÓN,
JAMÁS EN EL OLVIDO.**

**¡VIVA LA LIBERTAD!
¡ABAJO LAS DICTADURAS!**

—Pero contarlas así es tramposo —Volney señala la placa—, es necesario pensarlas de una en una: una, dos, tres, cuatro...

Y añade:

—A cada pausa, una vida.

Volney es hijo de republicanos asesinados. Hasta donde sabe, los restos de su madre y su hermana descansan en el pozo de Caudé. Y tiene razón: 1.005 es un número que se pronuncia demasiado rápido, mil cinco, tres sílabas atropelladas que no poseen peso. Nos quedamos con el número, mil cinco, para evitar recabar en las personas. Hacemos numérica su única dimensión, mil cinco, convirtiendo a las víctimas en guarismos, transmutándolas en un valor estadístico, deshumanizándolas para hacer soportable la angustia.



Su anonimato nos exonera del duelo, es demasiado doloroso pensarlas una a una. Insufrible imaginarlas seres queridos.

Mil cinco.

—Cuando se llenó el pozo —habla ahora Jaurés, hermano de Volney— los verdugos tuvieron que construir zanjas alrededor para dar cabida a los últimos muertos, ¿sabe usted?

—Nosotros nos libramos porque éramos muy chicos —apuntala Volney con un tono impermeable—. Teníamos cinco y ocho años.

Un revoloteo de cigüeñas escolta sus palabras. A lo lejos, furioso, bate el cierzo y arranca a su paso vilanos de dientes de león. Iluminados por el sol de mediodía asemejan partículas de amianto.

—Se han confirmado las identidades de 321 víctimas —Jaurés mira al suelo y su gesto deja entrever una honda herida—. No es ni la tercera parte.

—¿Y sabe usted lo que más me jode? —Volney aprieta la mandíbula, el rencor bien entibado en su hígado—. En 1958 vino un camión oficial y removió la tierra del pozo. Unos operarios sacaron algunos huesos y los cargaron en un vehículo. ¿Sabe dónde los llevaron? ¿Quiere saberlo? Al Valle de los Caídos, orden directa del Caudillo, que deseaba que ese lugar contuviera vestigios de todas las víctimas caídas por España.

Lágrimas de rabia ruedan por las mejillas del anciano. Vindicados ojos de agua. Manantiales de resentimiento.

—Hay que tener un sentido del humor muy macabro —dice—. Muy hijodeputa hay que ser.

Escucho a los dos hermanos y un sabor acre me inunda la boca, un sentimiento inaprensible como una náusea. Sus palabras me llenan de congoja y experimento un malestar antiguo. En ese punto recuerdo las palabras de Wislawa Szymborska: «*La historia redondea los esqueletos por decenas / Mil y uno siguen siendo mil / Ese uno es como si no existiera*».

¿En qué momento los números dejan de tener sentido? ¿A partir de qué cifra deja de existir ese uno? ¿Esa singularidad privativa? Mil cinco es igual a mil, tres igual a cuatro, cuatro igual a cinco mil, tal vez cincuenta mil, qué más da. Las víctimas siempre son sombras lejanas, una montonera impersonal, nadie repara en el milagro indiviso de cada vida. En lo señero de cada unidad.

Los dos ancianos prosiguen su discurso. Su paso es corto y su gesto ceñudo, pero tienen una cosa más que decir.

—Por favor —sobre el paisaje quemado, con voz ahogada, Jaurés lanza una última petición—, cuenta la historia de nuestra hermana Pilar.

Un sol galvanizado incide sobre la superficie cerrada del pozo, un pozo que es una garganta, una garganta que no arroja ningún eco. Igual que aliento caliente, el viento agita el flequillo desordenado de Volney.

—Que ella dé testimonio por todas las demás —dice—. Que su historia sea la de todas las víctimas.

En ese punto siento la fragilidad de los huesos amontonados, el rumor de esqueletos apretados en el interior de la sima de Caudé. Entre otros, ahí habitan los restos de Pilar Sánchez Pérez, hija de Ángel Sánchez Batea y María Pérez Macías, hermana de Volney Sánchez Pérez y de Jaurés Sánchez Pérez.

Por ese uno que es como si no existiera, pues, va esta historia.

Contra el inaceptable redondeo.

[...]

Una entre mil cinco.

Pilar Sánchez Pérez

1936.- Desde el camión contempla el paisaje desolado. La noche aparece cubierta de nubes y la luna apenas se intuye tras el cielo de hormigón. El camión traquetea por el camino irregular, el ronroneo del motor abriéndose paso a través de la tierra granulada. Pilar lleva el cabello partido

en dos guedejas que le caen a ambos lados de la cara y con una mano sucia se limpia el polvo sobre la frente. A su lado, en silencio, una chica llora sin parar. «Tendrá aproximadamente mi edad», pondera Pilar, que suma diecisiete años. Ninguna de las chicas ha hablado durante el viaje, no existe nada que decir. Una luz oblicua se abre a través de la lona y Pilar se entretiene recordando la partida de su padre. Socialista reconocido, huyó cuando el alzamiento. Si hubiese sabido lo que ocurriría después, ¿se habría quedado? Pilar no deja de repetirse que sí, que habría elegido permanecer en casa para protegerlas de las represalias. Hace dos meses que su padre marchó, un mes desde que los falangistas le arrebataron a su madre. Transcurría agosto. Tres hombres en mangas de camisa golpearon la puerta y se la llevaron de madrugada. No la había vuelto a ver. ¿Aquellos tres hombres serían los mismos que conducen hoy? ¿El camión en que montó su madre era quizá este mismo camión?

1920.- La niña agarra todos los objetos inanimados de la casa. Apenas cuenta un año y la curiosidad la lleva a palpar cada elemento a su alcance: el candil, el mortero, la piel metálica de la trébede. Su padre hace un gesto con la mano para que se aproxime y ella brinca sobre sus piernas. Le gusta el contacto animal contra los zahones de su padre, su superficie coriácea, el aroma curtido. Ángel sonríe de contento con ella a caballito y arroja al aire la pregunta que se han hecho todos los padres primerizos: «María, ¿tú has visto algo más bonito?». Ángel se siente orgulloso de su primogénita, de esos mofletes arrebolados, de ese pelo ondulado que siempre huele a lavanda y escaramujo. Desde una esquina, preparando el rancho, María sonríe. Le gusta ver a su hija haciendo cabriolas sobre las rodillas saltarinas de su marido. Es cierto, asiente de conformidad. Pilar es una niña realmente preciosa.

1936.- Como todos, ella también ha escuchado hablar de los paseillos nocturnos. Desde la panza del camión, Pilar se aprieta los ojos y hace un esfuerzo por desechar las ideas de muerte de su cabeza, por desvanecer el aliento de voces aterrorizadas que le asusta hasta lo más hondo de su alma. Ensimismada en su inocencia, persuadida de la absurdidad de cualquier tipo de violencia contra su persona, se convence de que no puede ser. Es ridículo pensarlo siquiera. ¿Quién querría asesinarla? ¡Si sólo tiene diecisiete años! ¡Si ella nunca hizo ningún mal a nadie! En ese punto, el camión se detiene junto a una vieja venta. Los guardiaciviles las hacen bajar y los amortiguadores crujen lastimeramente. «Id hacia allí, os esperan para fregar unas perolas», encienden un foco de acetileno. Las dos jóvenes obedecen.

1928.- Pilar hace hervir la leche de oveja que luego su hermano beberá. Jaurés solo tiene dos años y ella le cuida como una madre. Le gusta aproximar los labios esponjosos al oído de su hermanito para susurrar una canción con alma de jota: «*Adoro a mi nene / adoro a mi sol / adoro a la prenda / de mi corazón*». Pilar disfruta cantando y bailando, nada en el mundo le gusta más. A su lado, inflamándose en el puchero, la leche borbotea. Pilar la retira del fuego, debe esperar a que se enfríe para no quemar la lengua del pequeñín. ¡Un bebé es una cosa tan vulnerable! Jaurés protesta de hambre y ella le acuna con ternura. Luego introduce un dedo en la leche para comprobar si aún está demasiado caliente. Lo está. Mientras espera que temple, vuelve a cantar: «*Adoro a mi nene / adoro a mi sol / adoro a la prenda / de mi corazón*».

1936.- Las dos jóvenes caminan hacia la casa, lo hacen despacio, de forma pesada, arrastrando los pies sobre la tierra rojiza. Pero no llegan. El sonido de una ráfaga rompe la noche, las han disparado por la espalda. Las dos chicas caen de bruces y alrededor de ellas comienza a extenderse una mancha escarlata. La sangre traza meandros sobre la tierra desecada, un sinuoso río de venas filtrándose sobre el estrato sediento. Hay quien asegura que este terreno guarda ese color de tanta sangre que ha engullido. Con gesto hierático, dos rostros enmarcados de inexpresividad, los hombres recogen los cuerpos de las jóvenes y los arrojan al pozo cercano. Como un bulto sin valor, la carcasa deshabitada de Pilar emite un sonido quedo al golpear las paredes: pom, pom, pom. Si prestas atención, asemeja el de campanas doblando.

1935.- Son fiestas y el aire huele a miel. Hace una hora que Pilar saca brillo al vestido más bonito que tiene, el de color blanco. Su tacto es de suave calicó y Pilar se entretiene repasando los botones nacarados, que estén todos, que estén bien. Por último, adorna sus orejas con los pendientes de oro de su abuela, míralos, redondos como monedas, parecen cequíes. Finalmente se contempla frente al espejo. ¡Dios mío, está deslumbrante! Todo el proceso es observado por su madre, quien a escondidas esboza una sonrisa delante de su coquetería adolescente. Pilar devuelve el vestido al armario, es precavida, no quiere que se manche antes del baile. Seguro que cuando la vea, piensa, Miguel la invita a bailar. Pilar tiene dieciséis años y sólo piensa en bailar, en cantar, en la fiesta. Y, por qué negarlo, también en Miguel. Ah, Miguel, el hijo del boticario, tan serio, tan guapo, delgado como una espadaña, poseedor de relampagueantes ojos negros...

1936.- El camión arranca y la finca queda deshabitada. Sobre las colinas de almagre de Teruel sobreviene un silencio disecado, un duelo amargo, una

sordina taciturna. Alrededor del brocal flota un insoportable olor a fiemo, una densa y podrida atmósfera donde hasta los grillos callan. Sorprende ver la calma posterior al crimen, diríase que el tiempo se ha detenido en una realidad esmerilada, suspendido alrededor de un receptáculo intemporal de muerte. Es septiembre y el pozo alberga dos nuevas víctimas. Las nubes oscuras –y los asesinos, siempre los asesinos, todas las malditas veces las escolopendras siniestras de los asesinos– han sido los únicos testigos.

[...]

1937-1987.- No sucede. No sucede Pilar bailando en la plaza del pueblo, tremolando su vestido blanco, ennoviándose con Miguel. No suceden las risas de la juventud. No sucede subir a Zaragoza, no sucede encontrar trabajos mal pagados, no sucede tener hijos. No sucede discutir como discuten todas las parejas, no sucede privarse de caprichos, no sucede sacarse unos cuartos extra como costurera. No sucede a duras penas llegar a fin de mes. No suceden los puños cerrados de la impotencia. No sucede la escenografía estragada de la postguerra, no suceden las miradas desdeñosas de los vencedores, no sucede sobrevivir en esa España gris, sepultada en tonos agrisados, envuelta en la opresiva grisura del franquismo. No suceden malos momentos. No suceden tampoco buenos. No sucede niebla sobre el río Ebro, no suceden cielos amarillos cubriendo alargados campos de panizo, no suceden churros con chocolate todos los domingos. No sucede comprar ropa. No sucede ir al dentista. No suceden fotografías en color. No suceden otoños de castañas marrones, no suceden primaveras engalanadas de heliotropos. No sucede el pesaroso tránsito de los años, la cansada madurez de la edad, arrugas violáceas alrededor de los ojos. No sucede la transición, no sucede la llegada de la democracia, no sucede la resonancia afín de una tercera república. No suceden las llamas azules de la memoria encendida, no sucede Pilar recordando a sus padres asesinados, no suceden unas rodillas lejanas, un cercano olor a cuero, no suceden palabras desteñidas por el tiempo. No sucede introducir un voto en una urna. No sucede llorar al hacerlo. No suceden manos hojaldradas, no suceden cabellos blancos, no sucede envejecer. No suceden los primeros nietos, no sucede contar sus diminutos dedos, no sucede susurrar una antigua nana con alma de jota: «Adoro a mi nene / adoro a mi sol / adoro a la prenda / de mi corazón». No sucede, en serio, nada de esto sucede. Al arrebatarse una vida, arrebatas todo aquello que pudo ser. Así que no sucede. La historia de Pilar es una tachadura que no sucede. No sucede. No sucede. No sucede. No dejaron que sucediese.

Sonny Liston